

## «A. SCHULTEN Y LOS ETRUSCOS»

Francisco Sánchez Jiménez  
Gonzalo Cruz Andreotti

Una veintena de años separan las dos ediciones principales del *Tartessos* de Adolfo Schulten<sup>1</sup>. Salta a la vista la similitud, que es identidad en muchos casos, del contenido de ambas. Sin embargo, el autor ha resuelto durante ese tiempo el problema fundamental planteado por su construcción: ha logrado aislar dentro del esquema difusionista del que se siente penetrado y que se caracteriza por unas constantes rectilíneas cuyos horizontes son iluminados por migraciones y civilizaciones transplantadas, un grupo étnico que será la clave para la explicación de los orígenes del primer imperio de Occidente, los tirsenos. El lugar predominante que ocupa tal cuestión se explica tanto por la importancia intrínseca de la misma como por el dudoso principio del que parte el investigador alemán para el que llegar a los orígenes de un pueblo es definir todos los componentes culturales que posteriormente se verán desarrollados en plenitud; componentes que se transmiten en su pureza originaria de pueblo en pueblo, como si de un simple intercambio de manufacturas se tratase<sup>2</sup>.

No parece que este tema haya despertado en exceso el interés de la investigación. Entre nosotros llamó la atención de García y Bellido<sup>3</sup> y sospechamos que la cuestión del desarrollo de argumentos etruscológicos por parte de nuestro historiador no ha

1. Utilizamos las dos ediciones españolas de 1924 (Revista de Occidente) y de 1972 (Colección Austral), siendo esta última una reedición de 1945. Por fines prácticos, ya que manejamos reiteradamente más material escrito en este período, no citamos las ediciones alemanas, teniendo en cuenta que las traducciones son revisadas por el propio Schulten.

2. Podemos ver en estos momentos una reafirmación —matizada— de los axiomas que han caracterizado la historiografía burguesa en general y la alemana en particular. La crisis sociopolítica de finales del XIX y comienzos del XX, llegará a su punto máximo con la I.<sup>a</sup> Guerra Mundial, y trajo consigo la puesta en duda de los principios y resultados de una historiografía, así como el carácter positivo de la civilización europea (v. n. 45 con bibliografía básica). Volver a esquemas difusionistas y etnográficos para explicar la constitución de procesos históricos con un marcado carácter político (estados, civilizaciones), y, en concreto, el origen de los valores de los pueblos europeos (frente a otros que eran colonizados en esos momentos precisamente) es un deseo de recobrar el optimismo por la tradicional vía de identificar los principios político/éticos de la burguesía y la constitución de las naciones/estado con su pervivencia histórica. Por encima de las situaciones de crisis —tema en el que se insistirá en este período de entreguerras v. M. MAZZA, «Ritorno alle scienze umane. Problemi e tendenzi della recente storiografia sul modo antico», *Studi Storici*, XIX, 1978, pp. 466ss. — tenemos la permanencia de los valores y los parámetros civilizadores (v. n. 36). Para todo ello v. J. C. BERMEJO, *El final de la historia. Ensayos de historia teórica*, Madrid 1987, pp. 22/8, 76/83, 257/70 y P. ROSSI, *Lo storicismo tedesco contemporaneo*, Torino 1979 (orig. 1956), pp. 363/413.

3. A. GARCÍA Y BELLIDO, «Las relaciones entre el arte etrusco y el fibero», *AEAA*, 1931, XX, pp. 119/48 (especialmente pp. 124/28: «análisis ingenioso» de un aparato filológico —p. 127—; sin apoyo arqueológico para esta «seductora tesis», *idem*; sutil referencia a la no consideración de una problemática aún no dilucidada, la de los orígenes etruscos, en sus dos tendencias: la aloctonista (HERDT., I, 94) y la autoctonista (DION. HAL., I, 17, 20, 29, 30) defendida en esos momentos por L. PARETI —p. 128—) v. también «El problema de Tartessos y su relación con la cuestión etrusca», *AUM* 1933, II, pp. 43/58, donde critica (en base a BATTISTI, *SE* VI, 1932: antiguo sustrato mediterráneo preindoeuropeo) la aventurada tesis del origen etrusco norteafricano de Herrmann junto a la poco prudente argumentación toponomástica que llevaría a Schulten y al mismo Herrmann a la identificación de etruscos y tartesios, y al primero a defender una colonización etrusca de las costas hispánicas. Se trata, en definitiva, de una crítica para evitar que el lector sin experiencia «se deje sugestionar por lo atrayente de las teorías de Herrmann y Schulten». (p. 58).

debido de rebasar los límites de la pura y simple controversia sobre *lo que realmente pasó*, mereciendo, a lo más, lacónicos comentarios a pie de página <sup>4</sup>. Con todo, su seguimiento historiográfico nos ha parecido de interés en tanto que revela con bastante claridad la evolución interna de una elaboración historicista, cuyos módulos han ido siendo distribuidos artificiosamente, ajustando sus intersticios de manera que pueda aparecer como un sólido edificio fuertemente basamentado; también, en tanto que informa sobre la manera en que los cánones del contexto han condicionado la elección de método, esquemas y respuestas.

Tartessos es un modelo ideal prefijado. Aunque rebasa las posibilidades de este trabajo esbozar su configuración, es necesario recordar aquí algunas de sus características principales <sup>5</sup> que, de otra parte, son las que condicionarán la respuesta etrusca al problema de sus orígenes. Tartessos es un Estado firmemente establecido. Por la extensión de sus dominios y por la potencia de irradiación cultural que lo caracterizan puede y debe recibir los nobles calificativos de *civilización* y de *imperio*, y ello en un medio no civilizado de entramado tribal. La ubicación en el lejano pero rico Occidente del gran foco cultural se explica por un juego muy característico de componentes comerciales; su sostenimiento, por una configuración social jerárquica y bien estratificada, en la que una minoría aristocrática gobierna, con sistemas bien conocidos en Oriente, sobre la masa de la población <sup>6</sup>.

¿Cómo explicar la génesis de Tartessos en un Occidente poblado por pueblos bárbaros? En el año 24 se desarrollan los presupuestos, pero no se ofrecen respuestas. El fermento civilizador ha sido aportado desde los confines orientales del Mediterráneo: los contactos comerciales son vistos tan antiguos (III y II milenios) y tan certeros que no puede siquiera dudarse de su intervención capital en el proceso. Uno o varios pueblos <sup>7</sup>, en sus frecuentes y regularizados contactos de carácter colonial a la búsqueda de metales, son los protagonistas. En resumidas cuentas, se trataría de una migración colonizadora. Respecto a la identidad, el autor sólo se arriesga a indicar que Tartessos es más probablemente una colonia egea que una ciudad ibérica, y a preguntarse si acaso no serían cretenses sus fundadores <sup>8</sup>. Tal aporía se explica por ser las pruebas aportadas muy escasas y, sobre todo, porque no adquieren condición de tales al no estar respaldadas por un erudito aparato filológico, además de que ambos pueblos difícilmente sopor-tan una confrontación cultural nítida.

En la edición del 45 aparece un nuevo capítulo como aportación principal: «Tartessos fundación de los tirsenos». En él queda resuelta toda dificultad; junto con una cronología mucho más ajustada y verosímil <sup>9</sup>, se da cumplida respuesta al problema de

4. Buen ejemplo de ello es M. PALLOTTINO, *Etruscología*, Buenos Aires, 1965 (orig. revisado de 1963), p. 106, n. 2: «la tentativa de demostrar una colonización protoetrusca de España, fundada en la toponimia y llevada a cabo por A. Schulten («Los Tirsenos en España» en *Ampurias*, II, 1940; *Tartessos*, 1945) carece de fundamento positivo...» v. también SCULLARD, H. H. *The Etruscan cities and Rome* N. York 1976<sup>2</sup>, p. 178: «An attempt to trace any early Etruscan settlement in Spain by means of place-names has not proved very successful». Con referencia (p.301, n. 125) a trabajos de Schulten: publicados en *Ampurias* 1940 y *Tartessos* 1945.

5. Las líneas generales del encuadramiento historiográfico del *Tartessos* han sido diseñadas en G. CRUZ ANDREOTTI, «Un acercamiento historiográfico al *Tartessos* de Schulten», *Baetica*, X, 1987, p. 227/40 y matizadas en una reciente comunicación al I<sup>er</sup>. *Coloquio de Historia Antigua de Andalucía*, (Córdoba, 6/9 de abril de 1988), titulada «Notas al *Tartessos* de Schulten: Comercio y Estado» (en prensa) del mismo autor. Dentro de esta línea se enmarca el presente trabajo.

6. A. SCHULTEN, *Tartessos*, Madrid 1924, pp. 133/70 (a partir de ahora SCHULTEN, 24) e *idem.*, Madrid 1945, pp. 184/242 (a partir de ahora SCHULTEN, 45), donde con extensión se desarrolla la «Cultura» tartesia.

7. SCHULTEN, 24, pp. 27/9; 32; 34.

8. *Idem.*, p. 169. En esta edición se mueve en el ámbito de las posibilidades sin confrontar de manera clara los elementos culturales (metalurgia, escritura, culto, etc.) de ambas sociedades, quedándose en unos vagos y confusos orígenes orientales desde el III milenio en adelante, y sin establecer una fecha fundacional. v. CRUZ ANDREOTTI, «Un acercamiento... *art. cit.*», pp. 230/331 y n. 33, 35, 36.

9. No descarta la presencia oriental anterior, cuyo producto final serán los «pretartesios» (v. SCHULTEN, 45, pp. 24/30, especialmente p. 24), matizando que su función fue más «colonizadora-mercantil» que «territorial» al ser poco numerosos (p. 26). Y, al contrario, tiene claro que los tirsenos sobre el 1150 (entre la primera referencia a los *Turuscha* en Egipto en el 1200 y el 1100 de la fundación de Cádiz) fueron los creadores de un «reino» y una «colonia» (pp. 40/1; 48/9) con unas características muy concretas y un nombre y una ciudad específicas.

los orígenes del Estado tartésico. En realidad, como venimos señalando, son los condicionantes previos del modelo los que la determinan. Supuesta la necesidad de la migración colonizadora, quedaba encontrar un pueblo portador de las constantes culturales idóneas para satisfacer los requisitos establecidos. De los candidatos posibles se han eliminado los semitas (en su doble condición fenicia y púnica, plenamente matizada en el año 45). Ya en el 24 aparecen éstos caracterizados por un alto grado de civilización, pero también por un comportamiento moral y una vocación imperialista que se resuelven en unos tintes valorativos oscuros: son los malos personajes del drama<sup>10</sup>. No extraña, pues, la adjudicación a un grupo del ámbito griego<sup>11</sup>, cuya cultura comporta valores positivos en todo el desarrollo histórico que, si se apura, llegarían hasta el presente, y que además encaja a la perfección tanto con el origen étnico/cultural que Europa tradicionalmente se da a sí misma<sup>12</sup>, como con las necesidades propias del esquema: piénsese, por ejemplo, en el muy adecuado ajuste del orgien griego de Tartessos con la gran cordialidad que mantuvo el imperio en los felices tiempos de Argantonio con los *amigos focenses*<sup>13</sup>. La elección recae, en definitiva, sobre los tirsenos<sup>14</sup>. Se trata de un grupo minorasiático del que las fuentes testifican su migración temprana, posiblemente relacionable con la destrucción de Troya<sup>15</sup>. Las posibilidades de manipulación filológica, como veremos principal argumentación de Schulten, son inmejorables. El grupo está inscrito, además, en un ámbito cultural singularmente importante, el «círculo etrusco», lo que permitirá frecuentes comparaciones sociales, políticas, culturales, etc., que

10. Los semitas, aunque inteligentes y enérgicos (SCHULTEN, 45, p. 69), son sagaces y astutos (*ibidem.* p. 69, n. 2 y p. 134) y excesivamente motivados por el deseo de lucro y avaricia (*ibidem.* p. 136). El carácter de los fenicios lo considera el autor menos negativo que el de los púnicos. En contraposición al carácter mercantil de los primeros (*ibidem.* pp. 14, 53, 66, 69), los cartagineses son conquistadores (p. 126), codiciosos (p. 123) y envidiosos destructores (pp. 9, 14); no tienen arte o éste es primitivo y feo (p. 222); son, en fin, contrarios a la ciencia y al progreso (p. 122).

11. El carácter griego de los tirsenos es argumentado desde un punto de vista fundamentalmente lingüístico. La escritura tirsénico-tartésica procede de Lidia (SCHULTEN, «Die Etrusker in Spanien», *Klio*, 23, 1930, p. 427 –a partir de ahora SCHULTEN, 30–) y es una de las «escrituras griegas más antiguas» (SCHULTEN, «Los Tirsenos en España», *Ampurias*, II, 1940, p. 50 –a partir de ahora SCHULTEN, 40–). Esto cuadra perfectamente con el origen microasiático tirseno (*idem.* 30, p. 366; 45, pp. 33, 50). En definitiva, la llegada a España de la escritura (tras el 1000) se debe a los «griegos del Asia Menor» (*idem.* 45, p. 234) (téngase en cuenta el rechazo de la escritura fenicia conocida previamente: *idem.* 40, p. 50). Suponemos que en la mente del historiador están los profundos contactos lidio jónicos desarrollados durante el período arcaico, pero también se evidencia aquí su parcialidad en la utilización de las fuentes: piénsese, por ejemplo, como obvia la confrontación que el mismo HERDT. I, 28-33 realiza entre el carácter griego del austero Solón y la refinada barbarie de la corte de Creso.

12. En un excelente libro aparecido recientemente, M. BERNAL, (*Black Athena. The Afroasiatic Roots of Classical Civilization. 1. The Fabrication of Ancient Greece 1785-1985*, Londres 1987) pone de relieve como entre 1885 y 1945 se consolida el modelo ario para el origen de Grecia, y por extensión de Europa. Modelo que encontrará en Grecia clásica su condición superior legitimadora, tanto de las formas presentes de organización política, como de los principios y valores que la acompañan. La adopción de este esquema se radicalizará desde 1920, debido a la necesidad de fortalecer la mermada solidaridad interna de los estados nacionales a partir del énfasis de los valores propios frente al ajeno (que en este caso será lo semita) (pp. 367/99). MAZZA («Crisi tedesca e cultura classica: intellettualli tra reazione e rivoluzione», *Studi Storici*, XXI, 1980, pp. 266/68) destaca como esta situación es particularmente aguda en los ambientes intelectuales alemanes –muy asociados e imbricados en la lucha política– donde precisamente se vuelve a reflexionar sobre el carácter eterno y espiritual del Estado, retrotrayéndose a la lejana Grecia, y concebido para este período como la necesidad de organización y dominación. v. también Rossi, *op. cit.* pp. 382/85.

13. SCHULTEN, 45, pp. 80/95, especialmente pp. 92/3; apoyaron a los tartesios para librarse de los fenicios (p. 79), siendo sus colonias amablemente recibidas (p. 93) y aportando la capa final de barniz civilizador, especialmente en el arte (p. 221). Gracias a ellos hicieron memorable al mundo el recuerdo de Tartessos (pp. 104/6, 109, 110/22) y fueron –como éstos– también vencidos por los cartagineses (p. 95).

14. Los tirsenos gracias a su pertenencia al ámbito griego (v. n. 11) constituyen por su *carácter* un buen germen para lo tartesio. Buenos navegantes (SCHULTEN, 45, pp. 191, 235; recuérdese similares características de los tartesios en pp. 191/200), establecieron una colonia monárquica en Tartessos (pp. 11, 12, 24, 187, 202), aportando el germen estatal y la cultura minorasiática (p. 218), en especial la escritura (p. 234), elementos básicos para la constitución de una civilización superior de marcado estatismo. El modelo de Estado que se aplica en CRUZ ANDREOTTI, «Un acercamiento... *art. cit.*», pp. 229/31 y 238/40 y en «Notas a Tartessos... *art. cit.*» (en prensa), donde se pone de relieve la «correspondencia necesaria» entre ese modelo de Estado y una actividad económica comercial (y capitalista).

15. El movimiento de pueblos de Asia Menor y el Egeo está asociado con la caída del Imperio Hitita, Troya y Creta sobre el 1200. Estos pueblos se dirigieron primero a Egipto y, expulsados por Ramsés II y III, se dispersaron por Occidente. Junto a los Turuscha tenemos a los Licios, Sardos, Sagalassos, Aqueos, Danaos, Filisteos, Elimos y Carios. v. SCHULTEN, 45, pp. 40/9.

contribuyen a reafirmar, a su vez, los endebles testimonios sobre la ancestral cultural tartésica<sup>16</sup>. En todo caso los tirsenos encajan mucho mejor que los cretenses, especialmente por su mayor afinidad con los griegos, afinidad demostrable fundamentalmente a partir de la proximidad lingüística o, lo que es lo mismo, cultural.

Pese a todo, sorprende en una primera lectura las escasas referencias que el autor hace sobre los etruscos. Schulten discurre sobre el tema etrusco como gato sobre ascuas. Amparado en el sinónimo *tirsenos*<sup>17</sup> procura no sólo aislar la supuesta migración tirseno/tartésica de la tirseno/itálica o etrusca propiamente dicha, sino también obviar el uso del término *etruscos* siempre que le es posible. Se limita a manipularlos cuando es necesario encontrar paralelismos justificadores con los tartesios y a silenciarlos como grupo individual con una problemática concreta. Nada específico se dice sobre las relaciones etrusco/tartésicas previas a la batalla de Alalia (aunque puede entreverse en ocasiones la existencia de asentamientos etruscos en nuestra península)<sup>18</sup>, nada tampoco que justifique el enfrentamiento más o menos directo entre ellos, que culminará con la destrucción del imperio tartésico. Se revuelve el inconveniente haciendo de los etruscos los hermanos malos<sup>19</sup> de los tirsenos españoles, y ello por aliarse con los enemigos orientales cartagineses (lo que les hace merecer el calificativo de *bárbaros* por motivos notoriamente éticos), añadiendo, además, como valoración propia quizás no del todo inocente, cómo se afeminaron en breve plazo, ya que en el s. IV no eran sino una sombra de los antiguos talasócratas y conquistadores<sup>20</sup>.

Esta rarificación del tema etrusco nos ha impulsado a emprender su seguimiento a lo largo de la veintena de años que median entre las dos ediciones, y ello teniendo como base dos jalones evolutivos claramente diferenciados: los artículos «Die Etrusker in Spanien», del año 30, y «Los tirsenos en España», del 40. No pretendemos aquí poner de relieve la escasa validez científica de sus soluciones, carentes de fundamento desde el punto de vista de la etruscología, sino destacar de qué manera la elección de la solución etrusca, la más idónea para resolver el problema de los orígenes de Tartessos, y el desarrollo de la misma, se explican en última instancia a partir de su análisis

16. Se recurre al parecido de los tartesios con los etruscos en lo que atañe a literatura y leyes (SCHULTEN 45, pp. 37, 232/33), constitución aristocrática (p. 210), ciudades-estado (p. 211), monarquía (p. 215) y cultura (p. 218), puesto que estos son *hermanos o parientes* de los tirsenos españoles (pp. 210, 231).

17. La normal es la consideración de los sustantivos tirsenos y etruscos como sinónimos. Así, por ejemplo, en el artículo de MARTHA en *D & S*, «Etrusci», p. 817 se lee: «Les Romains appelaient *Etrusci* ou *Tusci* les populistes qui... Les mêmes populations étaient désignées par les Grecs sous le terme générique de Tyrrhéniens». Sin embargo, una distinción conceptual muy clara aparece en los artículos, muy conocidos por Schulten, «Etrusker» y «Tyrrhener» de KÖRTE y SKUTSCH, y BRANDENSTEIN, respectivamente, en la *RE*. No parece tampoco casual la elección por parte de Schulten de la forma jónica más antigua *Tuponvoí*, desechando la ática *Tuppnvoí* que, a pesar de ser identificadas en SCHULTEN, p. 33, n. 3 y p. 173, quizás podría relacionarse más fácilmente con los etruscos. V. para las formas griegas y derivaciones latinas LIDDEL-SCOTT, «*Τυρσηνός*», p. 1873 y H. H. SCULLARD, *Op. cit.*, p. 286, n. 1.

18. Mientras que en SCHULTEN, 30, pp. 365/432 habla con profusión de datos filológicos (identificación de asentamientos supuestamente etruscos en todas las costas hispánicas y el interior de Andalucía, con ciudades etrusco-itálicas o raíces latinas y/o microasiáticas) de la presencia etrusca en la Península —punto de partida de la futura hipótesis tirsénica—, en el 45 todo este amplio catálogo no aparece integrado en una explicación histórica coherente de un proceso colonizador, sino como pruebas colaterales de supuestos paralelismos culturales difuminados en el tiempo. De esta manera, él, en estos momentos, tan sólo habla de nombres tirseno-etruscos o de esfera etrusca y/o tirsénica para aportar pruebas exclusivamente filológicas de la presencia tirsena antigua, pero sin entrar —como lo hizo en el 30— en una colonización etrusca (v. SCHULTEN, 45, pp. 37/40). Aun admitiendo que contados vestigios arqueológicos son de indudable factura etrusco-itálica (p. 228: estatuillas votivas de Sierra Morena), la toponomástica se adscribe a la «esfera etrusca» o a un origen etrusco de ambigua interpretación. La toponomástica hispánica se emparenta con la etrusca por derivación de un tronco lingüístico común (pp. 39/40): el tirseno. Sobre las razones de tales ambigüedades v. *infra*.

19. No es nada casual la «terminología familiar» que utiliza: mientras que los etruscos de Italia son *descendientes* de los tirsenos (SCHULTEN, 45, pp. 11; 13; 37; 49; 50; 218), producto de una colonización más tardía que la tartésica (p. 41), son *hermanos o parientes* de los tirsenos españoles (pp. 210; 231). Parece claro que su pretensión de marcar nítidas diferencias cronológicas resulta de su intento de soslayar problemas de fondo. Sobre esto último v. n. 40.

20. Talasocracia etrusco-tartésica: SCHULTEN, 24, p. 72; primera talasocracia mediterránea: *Idem.*, 30, p. 430; *idem.*, 45, pp. 49; 191; 235; 236. La debilidad posterior del pueblo etrusco está ya asumida en SCHULTEN, 24, p. 115, y remarca en *idem.*, 45, p. 236 y n. 1 (cfr. *idem.*, 30, p. 430 y n. 3: *obesi Etrusci*). Sin embargo, no deben extraerse conclusiones simplistas tocantes a la visión negativa del pueblo etrusco, ya que nuestro autor contempla también una cierta relajación de costumbres, por causa del clima y de la riqueza, en los tartesios; aunque ello remarcando los aspectos positivos como la hospitalidad (SCHULTEN, 45, pp. 236-7).

historiográfico. Evidenciar cómo Schulten manipuló un tema ajeno a su investigación, un ciclo historiográfico claramente diferenciado del gran edificio que supone su primitiva construcción tartésica, para llegar a las conclusiones que le interesaban: clichés sobre la evolución histórica insertos en las convicciones y debates de la historiografía alemana de entreguerras. Servir de punto de referencia para futuras investigaciones que demuestren la asunción por parte de nuestra historiografía, tanto implícita como explícitamente, de criterios metodológicos y planteamientos de fondo del erudito alemán.

La aparición de los etruscos en el *Tartessos* del 24 resulta apenas anecdótica<sup>21</sup>. Por contra, son el objeto central de estudio del artículo «Die Etrusker...» del año 30. En el intervalo se han sucedido las decepciones arqueológicas motivadas por el fracaso en la búsqueda de la capital del imperio tartésico<sup>22</sup>, pero también el avance en el equipamiento filológico del historiador: ha logrado reunir un *corpus* toponomástico impresionante (semejanza de topónimos principalmente hispánicos con otros etruscos; testimonios nominales tardíos, de época romana, de hipotético origen etrusco; *idem* de la supuesta monarquía tartésica desde los tiempos míticos) que, junto con el pretendido origen derivativo del nombre Tartessos<sup>23</sup> y una serie de comparaciones culturales entre el reino y Etruria<sup>24</sup>, le posibilitan postular un origen etrusco para Tartessos<sup>25</sup>.

Los etruscos se extendieron por el Mediterráneo en oleadas colonizadoras que abarcaron un período comprendido entre el año 1100 y el s. VI, y ello desde Creta a las Columnas de Hércules. Constituyeron la primera hegemonía mediterránea<sup>26</sup> y, en su sector occidental, se establecieron prácticamente en todas sus costas<sup>27</sup>: la completa franja oriental ibérica con el anejo que va de los Pireneos al golfo de Espesca; Tartessos, que fundan, y Andalucía; sectores del Atlántico oestrimnio; Baleares, Nordáfrica, Cerdeña y Sicilia. Este impresionante despliegue le obliga a distinguir entre etruscos tartesios, etruscos occidentales también llamados del Norte (de Tartessos), y etruscos itálicos<sup>28</sup>.

El eje de su cronología es, en realidad, la batalla de Alalia. Uno de los resultados inmediatos de la confrontación es el avance de los aliados etrusco/púnicos en la península ibérica: los etruscos del Norte hacen retroceder las fronteras del imperio de Tartessos<sup>29</sup>, que es destruido completamente pocos años después por los cartagineses, produciéndose automáticamente el control y cierre del Estrecho<sup>30</sup>. Por cierto que el comportamiento de los semitas para con sus aliados itálicos no fue todo lo permisivo que

21. En todo caso aparecen siempre como los aliados menores de los cartagineses, a los que se les negó incluso el libre acceso por el Mediterráneo occidental tras el control del Estrecho (SCHULTEN, 24, pp. 104-5). El calificativo de bárbaros que se les atribuye viene dado más bien por una valoración ético/política de su actuación con los cartagineses. Sobre las valoraciones éticas consecuentes a las áridas descripciones de los acontecimientos políticos v. CRUZ ANDREOTTI, «Notas al Tartessos...*art. cit.*», (en prensa); sobre la «ética burguesa» que está de fondo en tales valoraciones y que se traslada a todos los períodos históricos v. BERMEJO, *op. cit.*, pp. 257-70.

22. SCHULTEN, 45, pp. 260-2 y 264-8. Parece claro que localizar fehacientemente la Tartessos que pretendía encontrar hubiera significado el espaldarazo definitivo a sus tesis estatistas que, desde el año 24, se construyen sobre un erudito esquema filológico pleno de silencios y contradicciones, detrás de las que encontramos claras preconcepciones sobre modelos de desarrollo. v. con más extensión esto en CRUZ ANDREOTTI, «Un acercamiento... *art. cit.*», pp. 231-2.

23. SCHULTEN, 30, pp. 392-6. Cfr. *idem.*, 45, pp. 51-3.

24. SCHULTEN, 30, pp. 397-8. Similar en el 45 (v. n. 16).

25. *Ibidem.* p. 391.

26. *Ibidem.* p. 430. Atraídos por la riqueza metalúrgica, explotada desde tiempos antiguos (v. p. 377).

27. *Ibidem. passim.*

28. *Ibidem.* pp. 398; 414-5.

29. *Ibidem.* p. 414.

30. *Ibidem.* p. 415. Hipótesis sobre el cierre del Estrecho hoy totalmente descartadas. V., p. e., E. C. GONZÁLEZ WAGNER, *Fenicios y cartagineses en la Península Ibérica: ensayo de interpretación fundamentado en un análisis de los factores internos*, (Tesis Doct.), Madrid 1983; *idem.*, «Cartago y Occidente. Una revisión crítica de la evidencia literaria y arqueológica», *In memoriam A. Díaz de Toledo*, Granada-Almería 1985, pp. 437-60. En el fondo de un «aparentemente cierto» cierre del Estrecho se esconden plasmaciones contemporáneas de lucha de bloques por intereses comerciales monopolistas; se entreveen concepciones de política internacional como la de las relaciones conflictivas entre los Estados. v. MAZZA «Ritorno... *art. cit.*», pp. 479-83, y P. CATALANO, *Linee del sistema sovranazionale romano*, I, Torino 1973, pp. 8-34, donde pone de relieve estas consideraciones en la historiografía de la época sobre Roma. (v. n. 36).

podría suponerse. Las fuentes <sup>31</sup> testimonian que ni siquiera a ellos les fue permitida la navegación por el Océano. La desaparición de la presencia etrusca en España, que puede observarse ya tras los avances masaliotas sobre los etruscos occidentales tras el año 500, comienza a ser patente cuando los griegos se apoderaron de las factorías etruscas en los años inmediatamente posteriores a Kyme (474) <sup>32</sup>.

El modelo, prescindiendo de lo que a nuestros ojos son exageraciones evidentes, resulta atractivo. Otra tarea fue la de su consolidación que parece finalizada una década más tarde. Configurado según las directrices del difusionismo lineal y pertrechado con sabias argumentaciones deterministas <sup>33</sup>, aparenta consistencia. Sin embargo, la línea maestra de unas relaciones internacionales concebidas como dinámica de bloques o juegos de potencias <sup>34</sup> le plantea problemas difícilmente solubles: ¿cómo fue posible que un pueblo facilitase la destrucción de otro cuando sus componentes ético/culturales eran comunes?

«Nur in einem wesentlichen Punkte scheint die Annahme eines etruskischen Tartessos Schwierigkeiten zu machen: während Argonthonios die Phokäer gastlich aufnimmt, sind die italischen Etrusker ihre Todfeinde. Aber man muß bedenken, daß sich die tartessischen Etrusker und die italischen Etrusker trotz ihrer Verwandtschaft im Laufe der vielen Jahrhunderte, die seit ihrer Trennung verfloßen sind, zu ganz verschiedenen Völkern entwickelt haben müssen» <sup>35</sup>.

Si la enemistad de los estruscos itálicos con sus hermanos tartésicos, claramente manifiesta tras los sucesos de Alalia, pretende esquivarse mediante el razonamiento de evolución ramificada en distintos entornos y en distintas épocas, tal argumento no puede siquiera aplicarse a los enigmáticos vecinos del Norte tartésico (por no citar a los nebulosos etruscos del país oestrimnio), cuya convivencia y cercanía son tan evidentes como la prontitud de su actividad expansionista en los primeros momentos del declive tartesio. Schulten no puede escapar de una convicción profunda que identifica etnia, comportamiento y cualidades de los pueblos. Si Tartessos está ya desde la edición 24 introducido en un conflicto generalizado en el Mediterráneo, caracterizado predominantemente por ser un conflicto étnico/ético, la solución aportada con el origen etrusco, si bien válida de cara a corroborar con exactitud el modelo de Estado tartésico por analogía con el etrusco itálico, le plantea los problemas apuntados en tanto que no existe una diferenciación cronológica de ambas culturas tan nítida que pueda hacer posible una trayectoria histórica lo suficientemente alejada como para que el determinante étnico se diluya en favor de lo ético/político. Parece claro que en este caso chocan las reponsabilidades éticas de las actuaciones históricas con un determinada identifica-

31. DIOD. SIC. V, 20, 4. El uso de esta información por parte de Schulten es un buen ejemplo de su manipulación o, al menos, uso ambiguo de las fuentes literarias. El autor bien la utiliza para corroborar el cierre del Estrecho por parte de los cartagineses (utilización acorde con el contexto informativo), SCHULTEN, 24, pp. 104-5; *idem.*, 30, pp. 372 y 415; *idem.*, 40, p. 41; *idem.*, 45, p. 133, n. 4, bien para testimoniar, forzando la interpretación, los antiguos viajes de los tirsenos a la Península e incluso al Océano, SCHULTEN, 40, p. 40; *idem.*, 45, p. 35. Interpretación siempre ambigua, como en SCHULTEN, 30, p. 367, y, en general, desligada del conjunto informativo autónomo que supone el tema de la talasocracia etrusca.

32. SCHULTEN, 30, pp. 379 y 415.

33. El determinismo geográfico como componente explicativo fundamental en la evolución histórica de los pueblos es una constante en Schulten, tanto en el 24 como en el 45. Tartessos puede configurarse con las características por él descritas en buena parte debido a sus inmejorables condiciones físico/climáticas: un río como eje económico enfocado hacia el mar; su aislamiento con respecto a la Meseta; riqueza metalúrgica y agropecuaria, etc. (SCHULTEN, 45, pp. 187ss.). Medio que, igualmente, configura un carácter: los tartesios eran pacíficos por la influencia de su abundante riqueza y el clima suave, de ahí sus fracasos bélicos. Este carácter, del que participan los tirsenos a pesar de su origen guerrero, cuyos rasgos más notorios son la hospitalidad, el respeto a los ancianos, el deseo de paz, la frivolidad, etc., llegará hasta nuestros días representado por los andaluces (SCHULTEN, 45, pp. 235-9). No es nada casual que minusvalore la aparición étnica de los iberos y ligures en cuanto a los componentes físicos y de forma de ser, ya que éstos provienen de África, y que enfatice el medio (además de las aportaciones colonizadoras) como moldeador de la cultura y el carácter «feacio» de los turdetanos. Nótese, además, que iberos y ligures no son semitas.

34. V. n. 30.

35. SCHULTEN, 30, p. 398: «Sólo en un punto parece problemática la aceptación de un Tartessos etrusco: mientras Argantonio recibe como huésped a los foceses, los etruscos itálicos son sus enemigos mortales. Pero debemos pensar que entre los etruscos tartésicos y los etruscos itálicos, a pesar de su parentesco, hay muchos siglos de separación como para que deban haberse desarrollado pueblos totalmente diferentes».

ción originaria entre etnia, ética y cultura. Y ello puede ser normal en un momento en el que se reflexiona sobre el presente por medio del pasado, sobre la responsabilidad ética de los actos políticos considerados como determinantes de la Historia, sobre los valores de la civilización europea a partir de sus orígenes étnico culturales concretos (definidos también por oposición a otros), procurando evitar en el pasado las contradicciones del presente o, al menos, explicando éstas gracias a su pervivencia histórica. No olvidemos que en estos años de la postguerra se impulsa la concepción de Estados que, aun teniendo un origen común, pueden evolucionar autónomamente<sup>36</sup>. Consciente de ello empieza a diferenciar etruscos de tirsenos<sup>37</sup> y a barajar, no con la nitidez que parecería necesaria, la hipótesis variante tirsénica.

En el artículo «Los tirsenos...» del año 40 ha logrado definir ya de forma manifiesta la hipótesis esencial de diferenciación de lo tirseno y de lo etrusco que habrá de mantenerse en el *Tartessos* del año 45. El trabajo, eminentemente filológico, presenta como principal novedad una combinación artificiosa de argumentos, conocimientos eruditos, deducciones pretendidas y una no pequeña dosis de imaginación, centrados en la lengua y en el alfabeto de los tirsenos. El autor intenta probar una derivación lingüística y una difusión alfabética ramificadas a partir de un tronco común jónico/minorasiático, el tirseno. En la Bética el producto será el tartésico; en Italia, el etrusco. Empero, la derivación tartésica (tal como la migración) es más antigua en lo que respecta a la lengua, y recibida en lo que toca a la escritura. El etrusco, por contra, es de derivación más tardía, además de poseer una escritura trasladada<sup>38</sup>. La toponomástica ibérica, argumentada años atrás, sigue reforzando sus convicciones.

El esquema histórico general sigue siendo el mismo, pero con variantes que afectan a precisiones cronológicas establecidas en orden de permitir una evolución lo suficientemente separada a partir del origen común como para que no resulte chocante la indirecta participación etrusca en la destrucción de Tartessos. Entre ellas es fundamental con mucho el establecimiento de una clara delimitación para los momentos de la migración tirsénico/tartésica (tirsénica por excelencia), anterior en poco al año 1100, y la etrusca, posterior al 850<sup>39</sup>. La diferencia fundamental radica, como se ve, en la completa diferenciación tirseno/etrusca: los etruscos, descendientes de los tirsenos, aparecen como sus nietos y como parientes o hermanos de los tartesios<sup>40</sup>. A partir de ahora todo el protagonismo de la fundación tartésica corresponde a los *tirsenos*; respecto a los etruscos debe señalarse un rápido descenso informativo: tímidamente y con ambigüedad se

36. Alejar a tirsenos y etruscos cronológicamente significa hacer prácticamente desaparecer (o por lo menos obviar) la supuesta influencia que lo étnico pueda tener en las características de los pueblos, y de la que, por eso mismo, Schulten no puede desprenderse. Posiblemente estén detrás concepciones tipo spenglerianas donde aun considerando que en origen se puede identificar etnia/pueblo/nación, el desarrollo de estos elementos dentro del discurrir histórico en sus formas estatales hace que puedan diluirse, desaparecer o perderse. En este sentido, casa perfectamente el hecho de que Schulten considere el comportamiento ético-político como el baremo fundamental de juicio histórico, muy a pesar de los orígenes comunes. (BERMEJO, *op. cit.*, pp. 189-200; ROSSI, *op. cit.*, pp. 363-413, este componente spengleriano es apuntado recientemente por R. OOLMO en unas Graves notas historiográficas al analizar los planteamientos de Schulten en relación al casco corintio de Huelva, al igual que el renacer por esos años del debate sobre el origen etrusco, prevaleciendo la hipótesis microasiática a la que se sumará el arudito alemán; ello en «El casco griego de Huelva», *Clásicos de la Arqueología de Huelva*, I, 1988, pp. 42/43 —ed. fasc. de las obras de J. ABELDA y H. OBERMAIER sobre el Casco publicadas en Madrid 1931—). Igualmente, quizás se estén reflejando los debates vividos en la Alemania del momento, donde se está planteando conjuntamente tanto la responsabilidad ética de la guerra como el abandono de determinados principios originarios de la nación alemana para explicar los acontecimientos recientes.

37. «Vielleicht bezeichnet man diese älteren Etrusker besser mit Herodot als Tyrsener, da der name Etrusker sich doch eigentlich auf die italischen Etrusker beschränkt und eine Unterscheidung erwünscht wäre» (Quizás se denominen a estos antiguos etruscos mejor, con Heródoto, como tirsenos, puesto que el nombre etruscos se limita propiamente a los etruscos itálicos, y sería deseable una distinción). SCHULTEN, 30, p. 366, n. 2 Cfr. *Idem.* 40, p. 41, n. 1.

38. SCHULTEN, 40, pp. 39-52.

39. *Ibidem.* pp. 51-2.

40. *Ibidem.* p. 52. Para la «terminología familiar» y sistema de parentesco v. n. 19. No es casual que se designe a los etruscos como *nietos* de los tirsenos; dicho término apoya una cronología más baja para su emigración (no anterior al año 850, ya que «los etruscólogos» opinan que el alfabeto etrusco se formó antes de su emigración a Italia, y tal fecha de formación fue alrededor del año 950; SCHULTEN, 40, p. 50).

señala su presencia en España. Cada vez se les menciona menos. Schulten confiesa que no es etruscólogo <sup>41</sup>.

En el *Tartessos* del año 45, cimentada la hipótesis del origen tirsénico, discurre por el tema etrusco de manera superficial. Diríase incluso que le son molestos. Y ello porque no logra desterrar la identidad tirseno/etruscos a pesar de sus esfuerzos por encuadrar en marcos diferentes temas que pertenecen a un ciclo historiográfico concreto, y por diseccionar artificialmente segmentos encuadrados en un único tema, el de los *orígenes del pueblo etrusco*. Por lo demás, intenta resolver la ambigüedad resultante de la manipulación del tema empleando un término de nuevo cuño, el de pertenencia a la «esfera etrusca» del imperio tartésico, con lo que resuelve el problema de su origen, hipótesis clave que reconoce explícitamente haber desarrollado ya en 1930 <sup>42</sup>.

En el centro de la impresionante construcción tartésica la aparición etrusca es ya puramente circunstancial y relacionada con el juego de potencias que, desde mediados del s. VI, se disputan el control monopolístico de las rutas marítimas del Mediterráneo occidental: griegos focenses y Cartago con sus aliados etruscos. El desenlace será Alalia. A los etruscos sólo se les reconoce una pasada talasocracia, cada vez más debilitada por un afeminamiento que no les es privativo. El problema moral despertado por su enfrentamiento fratricida se intenta soslayar con nuevos argumentos: por el propio alejamiento de sus orígenes tirsénicos, por las propias diferencias culturales tal como se pone de manifiesto en la lengua y en la escritura, por el diferente contexto histórico y medio geográfico en el que se desenvuelve una cultura similar, pueden ser los etruscos calificados de bárbaros al aliarse con los enemigos orientales en Alalia <sup>43</sup>; al tratarse tirsenos y etruscos, en última instancia, de pueblos diferentes, cuyo enfrentamiento se inscribe en el desarrollado a escala mundial entre helenos y bárbaros, entre culturas opuestas, más que entre potencias individuales que luchan por intereses concretos <sup>44</sup>.

\* \* \*

Podemos observar, pues, cómo inciden en Schulten determinadas concepciones historiográficas que presuponen tanto el carácter natural de los enfrentamientos entre Estados, como que dichos enfrentamientos son incluso de índole ética, de concepciones globales sobre el ser y la Historia humana, además de tipo político. Y ello sin olvidar que la valoración ética se presenta asociada a la cultura y a los orígenes de los pueblos y las civilizaciones: así se entiende la necesidad de establecer claras diferenciaciones entre lo tirsénico y lo etrusco.

Asistimos a un momento de reafirmación ideológica en pleno proceso de crisis generalizada de valores particularmente aguda en Alemania <sup>45</sup> donde se están replanteando

41. *Ibidem.* pp. 43 y 50.

42. *Idem.* 45, p. 32.

43. *Ibidem.* p. 123. El calificativo «bárbaro» implica una valoración ética: lo bárbaro no viene definido exclusivamente por el disfrute o no de una cultura civilizada, sino por determinando posicionamientos morales. Son bárbaros persas, cartagineses y etruscos por desarrollar una iniciativa imperialista en contra del mundo griego; pero también son bárbaros los romanos (p. 234) que aun llamando bárbaros a los pueblos occidentales, eran bárbaros ellos mismos por destruir el recuerdo de la civilización tartésica. (v. n. 21).

44. *Ibidem. loc. cit.* «Alalia es también el primer acto de la guerra entre Helenos y Bárbaros (Persas, Cartagineses, Etruscos). Las grandes decisiones de esta guerra tuvieron lugar una vez en Oriente (Maratón 490; Salamina, 480; Micala, 479; Platea, 479; Lade, 476), y otras en Occidente (Alalia, 535; Himera, 480; Kyme, 474)».

45. Reafirmación que pasa por la perennidad de los componentes esenciales de las culturas a pesar de las crisis de los sistemas políticos, que ya no se consideran estables como antaño (v. nn. 2, 12, 30 y 36). En Alemania se clamará por el reencuentro de los valores germánicos, una variante de los occidentales (MAZZA, «Crisi tedesca... *art. cit.*», pp. 268-71; A. MOMIGLIANO, «Dopo Max Weber», *Sesto Contributo alla storia degli Studi Classici e del Mondo Antico*, I, Roma 1980, pp. 307-8; H. SCHLEIER, *Die bürgerliche deutsche Geschichtschreibung der Weimarer Republik*, Berlín 1975, pp. 21-30; 112-3; 162-3). Las implicaciones en las temáticas y metodologías del historicismo tradicional, que precisamente potenciaban un optimismo desenfrenado en el Estado como punto máximo de desarrollo en G. G. IGGERS, *The German conceptions of History. The national Tradition of Historical Thought from Herder to the Present*, Middletown 1967, pp. 134-237, y MAZZA, «Ritorno... *art. cit.*» pp. 479-83. Para el caso específico de Schulten, v. CRUZ ANDREOTTI, «Notas al Tartessos... *art. cit.*» *passim*.

los tradicionales esquemas de visión política, que quizás se intenten revitalizar buscando los orígenes, antaño encontrados hasta la saciedad directamente en Grecia y Roma, en pueblos no afectados y/o «quemados» por un pasado/presente imperialista.

De esta manera se explican las valoraciones éticas proyectadas sobre una pretendida política internacional de bloques monolíticos basados en el control comercial de sus respectivas áreas de influencia. La elección de un grupo étnico determinado que reafirme como griega la cultura más antigua de Occidente. La identificación más o menos explícita entre raza, cultura y lengua, que encaja perfectamente en sus esquemas lineal/difusionistas y que resulta tan cercana al postulado de Kossinna <sup>46</sup>.

Queda, en fin, una última cuestión. ¿Hasta qué punto puede considerarse el tratamiento de los orígenes tartésicos en Schulten como subproducto de la disciplina Etruscología? Que no está en la voluntad del autor tal aproximación ha quedado claro más arriba. Pero la realidad parece muy distinta. El problema del origen de Tartessos no deja de ser una rama colateral claramente artificiosa del conjunto mucho más amplio y problemático de los orígenes etruscos en el planteamiento schulteniano. Así es utilizado Heródoto como testimonio de la tradición historiográfica sobre las migraciones tirsenas. El hecho de que nuestro autor haga caso omiso de otro tipo de informes (nos referimos, claro está, a Dionisio de Halicarnaso y la hipótesis autoctonista) no debe extrañarnos teniendo en cuenta sus presupuestos, como tampoco extrañó a García y Bellido cuando, sin acritud, hacía constar tal omisión un año más tarde de la aparición del «Die Etrusker...» <sup>47</sup>. Más aún, el completo armazón filológico diseñado por Schulten, especialmente cuando en «Los tirsenos...» se enfrenta al problema de la escritura tartésica, no puede dejar de conectarse con el auge de la teorización sobre la «misteriosa» lengua de los etruscos, así como de los estudios etruscológicos en general, durante el período de entreguerras <sup>48</sup>.

46. La «Ley de Kossinna» mantenida en 1928 afirmaba que «toda provincia cultural particular denuncia, por limitada que sea, una raza particular». v. J. HEURGON, *Roma y el Mediterráneo occidental hasta las guerras púnicas*, Barcelona 1976, p. 259. También en él la «obsesión romántica de las *Volkerwanderungen*» y la reacción de entreguerras de U. Rellini y G. Patroni entre otros. v. el capítulo «El anti-invasionismo y sus límites», *op. cit.*, pp. 259-67. (v. n. 2).

47. V. n. 3.

48. V., p. e., en PALLOTTINO, *op. cit.*, el capítulo «Breve Historia de la Etruscología», especialmente pp. 17-25.